

# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

N.º 258

MADRID 23 DE SEPTIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



ME ENCONTRÉ EN EL CAOS DE UNA CIUDAD INMENSA.

### COSTUMBRES.

#### COSAS DE ESTE SIGLO.

(Continuación)

— ¡Por piedad! deteneos! ¡oh! esto es insufrible! ¡Chicos! ¡Chicos!...

Y poniendo à su ahijado en el suelo se levantó de la silla con todo el cuerpo magullado, desplegada la camisola, manchados pantalones y levita y horriblemente desordenados los cabellos.

— ¡En poder de chicos te veas!... Vaya, Eduardo, mándales que se retiren à otra habitacion que tengo ganas de hablar contigo à solas un par de horas: y supuesto que tu esposa duerme y Sofia no vendrá à destrozarme la poca ropa que han respetado esos diablillos, sentémonos y te contaré mis aventuras de allende del Pirineo.

Así lo hizo Eduardo, y escuchó silencioso la historia de su querido amigo Enrique.

— «Ya sabes que yo siempre he pendido de la voluntad de mi abuela, quien con interés cariñoso ha cuidado desvelada de cubrir todas las necesidades de mi vida. Inmensos gastos le tengo causados desde que me desprendi de sus brazos la última vez para continuar en el extranjero mi carrera literaria, y no pocos disgustos tambien cuando embebido en mis amores cesaba de escribirle, ignorando mi existencia en el transcurso de un mes ó dos. Lloraba la triste señora por la incertidumbre de mi suerte, ó bien creyéndome ocupado en las abstractas descripciones de Newton, y en el profundo estudio de la jurisprudencia, no cesaba de escribirme epístolas morales, recomendándome las sanas costumbres, amor à la virtud y horror eterno al vicio. Pobre abuelita mial no sabía que perdía el tiempo con sus sapientísimos consejos de la misma manera que su nieto lo malgastaba en pos de las hermosas hijas de nuestra primitiva madre: sin embargo que no dejé de aprovechar algunos momentos que solia estar vacante y alcancé notas de sobresaliente en los exámenes que se dieron en la Universidad, el último año que estuve en Madrid. Estas maravillas mias volaron con las trompas de la fama hasta los oídos de mi abuela que entusiasmada y hueca como suele estarlo una buena madre, me escribió ordenándome tomase el camino de Paris, para perfeccionarme en las diversas ciencias que iba yo aglomerando en mi vacia mollera. Entonces fue nuestra cruel separacion, querido Eduardo, entonces sentí tambien la de aquellas dos gentiles ninfas que por mí bebían los vientos, y à quienes tú te encargaste de hacer llevar menos monótona la triste vida de su soledad.

«Madrid se presentaba à mi vista con dulces y profundísimos recuerdos, pero siempre amigo de la novedad por aquello de *en la variacion...* dejé à Madrid y llegué à Paris como en sueños, sin tener otro sentimiento que el de haber dejado el mágico cielo de mi desgraciada patria, por otro encapotado continuamente con hinchadas y espesísimas nubes. Todas mis ilusiones cayeron à la vez cuando me encontré en el caos de una ciudad inmensa, con diversas costumbres, tendencias distintas; con un idioma que no aprendí desde la cuna sin amigos, sin parientes y sin los ojos de mis lindas españolas que tanto brillan en las noches de mis desventuras.

«En medio de la prodigiosa civilizacion que fermenta por todas partes, con todos los atractivos de una poblacion opulenta, Paris es la patria comun de todos los hombres, en donde pronto se ligan en amistad, se respetan en politica y se ofrecen sus intereses. Al dia siguiente de mi llegada formé estrechas relaciones con un jóven alemán llamado Federico, que vivia en la misma casa, hijo de un antiguo embajador austriaco, que hablaba perfectamente el castellano y que segun me dijo se acordaba de mí, por haber estudiado en el Seminario de Madrid, cuando su padre estuvo de ministro plenipotenciario en España.

«Era rara la vez que saliamos à la calle el uno sin el otro. Federico tenia una penetracion maravillosa, talento consumado, mucha docilidad y un caracter dulce y consecuente con sus amigos. Nuestros paseos continuos eran el Palais Royal, pasando agradables horas de solaz en el salon Montpensier, y ratos deliciosos de festin en casa de un rico americano que vivia en la rue du Croissant. Una noche nos retiráramos mas tarde de lo de costumbre, cuando al atravesar por la plaza de Vendome vimos un anciano sostenido por el brazo de una bellísima jóven, y que segun mostraba la agitacion de su pecho debia sufrir alguna enfermedad crónica que le postraba en estremo. La jóven hacia esfuerzos extraordinarios por sostener en pié al viejo decrepito, pero sus tier-

nos y débiles brazos apenas podían llevar la pesada carga, que cada vez se hacia mas im posible por la crisis en que se presentaba. Movidos por un interes compasivo Federico y yo ofrecimos nuestra ayuda à la interesante jóven, que no vaciló en admitirla, y con dulces y halagüenas palabras mostró un agradecimiento, brillando de alegria sus divinos ojos, al ver en cierto modo salvada la carga que no podia ya resistir. El caballero casi no daba señales de vida, por lo tanto nos apresuramos à llegar à su domicilio; y mientras que yo hacia subir al anciano las escaleras de su casa, Federico marchó à llamar al doctor Orfila, médico de cabecera del moribundo segun la jóven espresó. No sucede en aquella corte lo que en lo general de España: nuestro compatriota Orfila llegó à los pocos minutos y ordenó se hiciese recostar al enfermo sobre unos almohadones, dándole unas tomas de cierta bebida astringente y previniendo no se le molestase, dejándole reposar. Entretanto que el paciente se reponia del ataque pulmonar que habia sufrido, Carolina que este era el nombre de la linda señorita, quedó con nosotros en una habitacion separada, siempre dándonos señaladas muestras de reconocimiento por el favor que le dispensamos. Nos refirió que aquel anciano era su abuelo, que hacia muchos años sufría la enfermedad que le aquejaba y que casi le tenia à los bordes del sepulcro. Eran naturales de Inglaterra, pero hacia muchos años se hallaban establecidos en Paris, en donde su abuelo habia contraído la fatal emotisis que le consumia.

«Cada palabra de la encantadora Carolina era una saeta que me traspasaba el corazon. Sus continuas miradas y el rubor que mostraba al encontrarlas con las mias, iban encendiendo en mi alma una llama devorante y activa, cuyo progreso en vano trataba yo de contener. Federico se puso de pié para marcharse y yo tuve que secundar el movimiento, apesar de tenerme clavado sobre el asiento la admiracion que me causaban tantos encantos reunidos. Carolina nos ofreció la casa en nombre de su papá y nosotros nos despedimos deseando el pronto restablecimiento del enfermo.

«No me descuidé al dia siguiente en ir à saber el estado de la salud del ingles, pues aun cuando poco me ha interesado siempre la vida de esos orgullosos isleños, este era el unico medio sin embargo de ver à la hermosa señora de mis

ilusiones. Repetia mi visita por tarde y por mañana, y ya entraba yo en la casa con la misma franqueza que pudiera hacerlo en la tuya ó en la mia. Declaré mi amor á Carolina lleno de fuego y de profundas sensaciones, y ella amorosa tambien y enagenada correspondió á los dulces sentimientos de mi corazón. Me habia dicho Federico que el ingles era un hombre colérico y altamente orgulloso, y me convencí de ello el dia en que por medio de una coronela inglesa, tuvo conocimiento de los amores de su nieta conmigo. Frunció las cejas, y un golpe violentísimo de tos ahogó en su pecho la rabia que le causaba la noticia. «Siento, contestó á la señora mediadora, que mi salud me haya puesto en la necesidad de recibir favores de esos jóvenes; esto me hace ser prudente, sino de otro modo contestaría á las atrevidas pretensiones del menguado español. ¿Quién será él? Algun descamisado, como todos los habitantes de esa miserable península.» ¡Si contesté yo: ¡miserables! ¡descamisados!... ¡porque vosotros, malditos piratas, sanguijuelas del infierno, habeis disecado nuestros cuerpos con la avaricia de vuestros engaños!.....»

## MACIAS EL ENAMORADO.

CRÓNICA DEL SIGLO XV.

### II.

Elvira era una jóven hermosa y encantadora como una virgen del Paraiso. Reclinada en un sillón de su aposento se hallaba pensativa y sola una mañana deliciosa de verano en que un sol claro y esplendoroso derramaba por dó quiera sus destellos de carmin y oro.

De tiempo en tiempo una lágrima resbalaba por sus pálidas mejillas y de ilusion en ilusion pasaba las horas pensando en su querido trovador, cuando este se presentó á su vista.

— ¡Macias en este sitio!! exclamó tan pronto sus ojos le columbraron.

— ¡Elvira adorada! muger por quien deliro de amor y padezco incesantemente, héme á tus pies permíteme que te contemple un solo instante y que por tus labios celestiales vague una sonrisa amorosa como las que en un tiempo causaban un embeleso, y despues que venga Fernan Perez.

— ¡Fernan Perez, insensato! sin duda olvidas que soy su esposa,

— Todo me lo han dicho.

— Ah! entonces ya sabrás porqué acepté su mano.

— Sí, por impedir la ruina de tu familia.

— Luego, Macias, luego que sabes la distancia que nos separa, huye de esta cámara, huye porque una barrera maldita se interpone entre nosotros!

— ¿Y qué me importa esa barrera? ¿qué me importa seas la esposa de Hernan Perez? ¿qué importa todo eso á un hombre desesperado, á un hombre que sin tí desea morir?— ¡Hay, Elvira, querida Elvira! ¿donde van aquellas noches de ventura en que solos en los jardines de palacio jurábamnos amarnos hasta la muerte!— Ah! entonces cuán felices éramos! no es verdad, Elvira?... Tú te dormias en mis brazos arrullada por mis trobas y te despertaban los besos que en tu rostro imprimia ardiente de amor, enamorado como ninguno.

— Macias!! ¿á qué recordar aquellos momentos si su memoria me desgarrá el alma?— Si, tie-

nes razon, entonces yo era tuya y éramos dichosos, pero ahora, ahora otro hombre me llama su esposa, un hombre que no amo ni amaré nunca porque este corazón que amó á Macias, no amará jamas á nadie...

— ¡Elvira!....

— Oh! yo no te lo puedo negar, no; yo te amo y solo en la tumba se extinguirá el amor de Elvira... Ah! maldicion sobre los hombres que nos separaron el uno del otro poniendo un altar en medio!... Macias, huye por piedad! oh! te lo pido de rodillas, primero preferiria morir antes que te viese mi esposo en este sitio.

— ¡Que venga, que estoy sediento de su sangre!... ¡Ay de Hernan Perez tan pronto mis ojos le divisen!! Pero, Elvira, apenas hace seis horas que llegué de Andujar y ya quieres que me vaya, que me vaya cuando solo á tu lado me parecen cortos los instantes! Deja que goce un momento mas la dicha de oír esa voz que derrama ventura en los corazones, y que ledo y arrobado de placer contemple los hechizos de esa faz de ángel: y mientras el doncel la levantaba del suelo y la estrechaba con delirio entre sus brazos, un hombre entró en el aposento.

— ¡Trovador de los infiernos!.... gritó con voz de trueno sacando su espada y lanzándose al encuentro de Macias.

## UNA AURORA SOBRE EL MAR.

POESIA DEDICADA AL BELLO SEXO DEL FERROL.

¡Ya desaparece la sombría noche!  
Ya brilla en el oriente purpurino  
Bauda fulgúrea de esplendor divino  
Que el corazón inunda de placer!  
Ya las estrellas raudas se alejaron,  
Y su fulgor la luna encantadora  
No lanza ya, porque la bella aurora  
Brilla lucente como el rocicler.

¡Vista sublime, grande, portentosa!  
Ah! cuanto se deleita el alma mia  
Al escuchar los cantos de alegría  
Que allá en la playa entona el colorin!  
Y oír del mar los estruendosos ecos,  
Y el apacible y perfumado ambiente  
Que muje en el veamen suavemente  
De este vetero y fuerte bergantín.

¡Cuadro admirable! ll escena magestuosa  
Es al brillar el alba matutina,  
Que el mar y el cielo fúlgida ilumina  
Con su encedido y nítido arrebol;  
Por eso á Dios, al verla el navegante,  
Eleva una plegaria tierna y pura...  
Porque es grandioso tras la noche obscura  
Ver asomar en el oriente el sol!

¡El sol! el sol! cual meteoro de fuego  
Brilla entre nubes de carmin y oro;  
Oid; oid el cántico sonoro  
Que a mi salida exhala el querubín.  
Y ved como sus rayos reflejantes  
Kieian en las ondas espumantes,  
Formando en ellas fúlgidos cambiantes,  
Cual en el rico arnés del paladín.

¡Il ra de encanto!... en que la fresca rosa  
Al ver desaparecer la negra noche,  
Abre á la aurora su carmineo broche,  
Despidiendo fragancia de azahar;  
Hora en que todo es grande é incomparable.  
Hora en qua el alma leda y arrobada

Medita sobre Dios, sobre la nadal...  
Y allá placer y gloria en meditar.

Salud fulgente y peregrina aurora!  
Yo te saludo absorto, entusiasmado  
Al ver tu albor divino y nacarado  
Reverberando sobre el mar azul...  
Porque tu vista aleja la amargura  
Que de continuo el corazón levora,  
¡Salud mil veces, rutilante aurora!  
¡No hay nada mas hermoso que tu luz!

¡Cuán bello! cuán delicioso  
Es el claro resplandor  
De la sonrosada aurora  
Que precede al rojo sol  
El inspira al triste bardo,  
El inspira al ruisseñer  
Que en la olorosa enramada  
Gorgea dulce canción,  
Dulce como la sonrisa  
De una hija del Ferrol.

Sí, de aquellas hermosuras  
Que con su hechicera voz  
Subyugan los corazones  
Y los abrasan de amor,  
Cual fascinan las sirenas  
Con su canto seductor  
A los marinos intrépidos  
En la azulada estension:  
Sí, aquellas de rostro pálido  
A la par que encantador,  
De melancólico frente  
Cual los ángeles de Dios,  
De formas puras y bellas  
De mirar abrasador,  
De talle esbelto y donoso  
Como el tallo de la flor  
Que columpia débilmente  
El susurrante aquilon,  
Virgenes encantadoras,  
Bellas como el resplandor  
De la nacarada aurora  
Que precede al rojo sol.

Cuán grato es tambien y hermosa  
Para el jóven trovador  
Pulsar su armónica lira  
Desde elevado penol.  
Sin ver mas que el la to cielo  
Del Sér supremo mansion,  
Y el Océano rugiente  
Que se estrella con furor  
Contra la cortante proa  
Del bajel recio y veloz  
Que á todo trapo navega  
Cual rápida exhalacion.  
Alumbrando por la aurora  
Que precede al rojo sol.

Mirad mil nubes fantásticas  
De escarlata y arrebol  
Cómo surcan lentamente  
Por la celeste region  
Embriagando los sentidos  
De contento con su albor,  
Al alma de gozo y dicha,  
De placer al corazón...  
Ah! no hay vista mas sublime!  
Paisaje mas seductor!  
Ni cuadro de mas belleza  
Ni de mas ostentacion!  
Que ver desde el mar inmensa  
El matinal esplendor  
De la nacarada aurora  
Que precede al rojo sol.

BENITO VICETTO Y PEREZ.

## TEATROS.

### CRUZ.

A las 8 de la noche.  
Se pondrá en escena la famosa comedia en tres actos, de don Pedro Calderon de la Barca, refundido por don Dionisio Solimachos años hace no representada y cuyo título es

#### EL ESCONDIDO Y LA TAPADA.

Intermedio de baile nacional.  
Terminando la funcion con el divertido sainete de don Ramon de la Cruz, titulado

#### EL BEMENDON Y LA PRENDERA.

### PRINCIPE.

A las 8 de la noche.  
1.º Sinfonia.  
2.º Se volverá á poner en escena el muy aplaudido drama en tres actos, precedido de un prologo titulado

#### EL SECRETO DE UNA MADRE.

PERSONAGES. ACTORES.

Amelia. . . . . Sras. Lamadrid.  
Margarita. . . . . Cor uera.  
Clara. . . . . Parra.

Corcuera. . . . . }  
Miguel. . . . . } res.  
Gustavo. . . . . }  
Carlos. . . . . }  
Marques. . . . . }  
Rayennet. . . . . }  
Fiquet. . . . . }  
Oficial. . . . . }  
Secretario. . . . . }  
Comisario. . . . . }  
Juan. . . . . }  
3.º Intermedio de baile nacional.  
4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

Sierra.  
Royo.  
Romea (D. J.)  
Romea (D. F.)  
Argente  
Noren.  
Perez.  
Fern (D. M.)  
Uzelay.  
Garcia.  
Paris.  
Sanchez.

### CIRCO.

A las siete y media de la noche.  
Gran funcion extraordinaria de canto y baile dividida en dos partes. La pieza de canto serán ejecutadas por la señora Gaidoldi, y los señores Sinico, Alba Marchetti, Santarelli y coros, y en los bailables verificaran su salida primera la señora Melanie Duval, el señor Archille Henry, y el señor Doaize.

IMPRESA DE BOIX